

FLERIDA DE NOLASCO

HISTORIADORA DE LA CULTURA

(1891 – 1976)

Por Manuel de Jesús Goico Castro



EN el estilo diáfano y sobrio de Flérida de Nolasco cobra vigencia, con secular donaire, el ropaje con que vestían de gala su pensamiento los grandes prosistas del siglo de oro español. Ella maneja, con singular maestría, lo que en Baltasar Gracián y en Fray Luis de León era suprema virtud literaria: el poder de síntesis, poder que nuestro Pedro Henríquez Ureña alcanzó a plenitud, tras la conquista de tan anhelada perfección; síntesis que es, en esencia, el punto de apoyo en donde se afianzan su prestigio y su gloria como escritora.

Desde su inicio como cultivadora de las letras, Flérida de Nolasco sintió un profundo “amor a la perfección”, cualidad que en ella descubre nada menos que Pedro Henríquez Ureña, y así lo afirma el maestro desde Buenos Aires en 1939.

Esa sed de infinito, ese arrebatado amor a la belleza, hizo germinar en su prosa la tenue transparencia del rocío y el inconfundible brillo de las estrellas. En ella tienen las letras de

América una consumada escritora, al estilo de Pedro Henríquez Ureña, de Joaquín Balaguer, de Emilio Rodríguez Demorizi, de Max Heenríquez Ureña y de otros de nuestros escritores clásicos, y entre las nuevas generaciones, como historiadores de la cultura, tiene puntos de afinidad en lo castizo del estilo con Carlos Federico Pérez y Pérez, con Antonio Fernandez Spéncer y con Mariano Lebrón Saviñón, figuras señeras del pensamiento contemporáneo dominicano.

En Flérida de Nolasco la prosa está inflamada de ternura e irradia armonía. En el prólogo de la Antología de Moreno Jimenes alcanza tonalidades que la presentan como una de las cultoras más impecables de la literatura dominicana. ¡Bendita mujer extraordinaria! Dice la estilista:

“Rubén, que nos había hecho recorrer en embeleso de nuevo sabor, desde las formas más cultas, pasando por el movido y travieso Arcipreste, hasta el decir popular de la gaita gallega de que gustó el alado San Juan de la Cruz. Nos probó Rubén Darío de que en el campo de la métrica no había desecho de hermosura para él vedado o desconocido”.

Prosa de inspiración radiosa, de acento seductor; de tal manera sacude su pureza el alma que semeja haber sido escrita sobre mármol reluciente. Acaso para exaltar las mejores páginas místicas de Doña Flérida no hallaríamos nada tan digno de su prestigio de prosista que glosar el elogio que a Santa Teresa consagra Fray Luis de León:

“...en muchas partes de sus escritos, me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que hablara el Espíritu Santo en ella, en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee”.

Al dotar de alas su pensamiento Doña Flérida descifra grandes enigmas. Presentimos que el cielo ilumina su sinceridad candorosa, a manera de estrellas conquistadas al firmamento por la gracia divina de su estilo, porque, como en Santa Teresa, una inspiración astral “movía su mente, encendía su corazón y guía su pluma”.

Dedica su libro *Santa Teresa de Jesús a través de sus obras* en “amorosa ofrenda a la gran Santa, maestra insuperable no sólo de la oración, sino también de las virtudes”.

Del estilo soberano de Santa Teresa extrae Doña Flérida —como quien recoge perlas en el fondo del mar o desprende estrellas del cielo—, descripciones ataviadas con extremada sencillez:

“...no es otra cosa la gran hermosura y la capacidad del alma del justo, sino un paraíso adonde el Señor tiene sus deleites”.

Cuando Santa Teresa vierte su pensamiento, nuestra alma, sobrecogida de misticismo, está de rodillas dentro del templo de nuestra conciencia, como si musitáramos una oración:

“Seamos dueños de nosotros mismos; y si habláramos, acordarnos de que tenemos con quien hablar dentro de nosotros; si oyéramos, acordarnos de que hemos de oír a quien tan cerca nos habla y nunca apartarnos de tan buena compañía. Acostumbrándose a no mirar ni estar a donde se distraigan los sentidos, se va por buen camino”.

Las virtudes que “da Dios están libres de vanagloria y soberbia”. La Santa de Avila, según los textos de sus obras, que Doña Flérida pone en nuestras manos, como manjares en bandejas de plata, revisten un profundo sentido místico al exaltar la dignidad del alma, las virtudes, la humildad, la obediencia, la voluntad de Dios... Nos producen tal arrobamiento y tal sensación de fortaleza espiritual, como si nos transportáramos a través de la oración, —libres de todo cautiverio—, a ser huéspedes del cielo por mandato de la divina voluntad del Creador del Universo.

Al analizar profundamente las obras de Santa Teresa advertimos que estamos frente al “genio más original, claro y sublime que ha hablado de Dios y del alma.”

Clamor de justicia en La Española, es uno de sus libros mejor ponderados por la crítica nacional y extranjera. Por el estilo tiene los lineamientos de una antología. Es difícil definir

cuál de los estudios de esta obra está mejor escrito. En todos la prosa luce resplandecientes y tersa; suave como las flautas eólicas de los troveros bíblicos:

“Santo Domingo de La Española... *Mi Española*, como la llamó el Gran Almirante. En ella se oyó por primera vez, la voz de confraternidad que negó los derechos de conquista, que proclamó la igualdad de todos los hombres, que repitió sin cansancio y con creciente y audaz compasión y amor, que todos los hombres nacen libres. De aquí partieron los santos misioneros que llevaron el nombre de Cristo al recién descubierto mundo”.

Con ágiles trazos ofrece semblanzas de esos “varones divinos” de la palabra iluminada:

A Fray Pedro de Córdoba, glosando al Padre las Casas, lo distingue como “hombre lleno de virtudes, de muchos dones y gracias corporales y espirituales; de gente noble y cristiana nacido, alto de cuerpo y de hermosa presencia”... “Sermón dignísimo”, califica Las Casas el primero que el *Santo padre* Córdoba predica a los indios. Con admiración y franqueza agrega: “*Yo lo oí, y por haberlo oído, me tuve por feliz*”.

Blandiendo su palabra, como una flamígera espada, Córdoba califica de impío el régimen de las encomiendas y de inhumano y humillante el hecho de obligar a las madres indígenas y a los niños a trabajar desnudos en las mismas.

Pone en la escena de ese trágico proceso de la conquista a Fray Antón de Montesinos, “favorecido con un don extraordinario para la predicación”; al Padre Carlos de Aragón, quien poseía “palabra fácil y galano estilo, lindamente dotado para impresionar. Era un caballero apuesto que se decía familiar de Fernando el Católico...” “famoso predicador de alarmantes sentencias...”; a Fray Bernardo de Santo Domingo, “uno de los más doctos”; a Agustín Dávila y Padilla, natural de México, estimado como “orador brillantísimo, fue nombrado por Felipe III Predicador del Rey”, y alabado como “la calandria de las Indias”, por la armoniosa entonación de su voz.

En *Rutas de nuestra Poesía* labra Doña Flérida, en su prosa dócil a la belleza, juicios críticos bien equilibrados en torno a figuras muy representativas de nuestro Parnaso: Félix María Del Monte, Salomé Ureña, José Joaquín Pérez, Gastón Deligne, Fabio Fiallo, Enrique Henríquez, Valentín Giró, Osvaldo Bazil, Domingo Moreno Jimenes, Manuel Del Cabral, Franklin Mieses Burgos, Manuel Rueda y algunos poetas de la Colonia: Juan de Castellanos, Lázaro Bejarano, Eugenio de Salazar de Alarcón, Tostado de la Peña, Leonor de Ovando, Elvira de Mendoza, Cristóbal de Llerena, Tirso de Molina, Tomasina de Leiva y Mosquera y otros bardos de méritos tan excepcionales que Rubén Darío no vaciló en reconocer al escribir que: *"La Isla preferida de Colón ha sido fecunda en talentos"*.

La ilustre escritora afirma que "lo primero que impresiona en la poesía de Enrique Henríquez es su distinción, su aire señorial que lo reviste de una singular elegancia".

Valentín Giró, mi "Lord de la Poesía", encontró en Flérida de Nolasco una intérprete fiel de sus arrestos modernistas, de su original estro poético, de su arrogante revolución creadora. Proclama los méritos del "joven poeta que andaba bebiéndose las ráfagas del modernismo que, con intermitencias, llegan a nuestras playas..." En el mundo intelectual dominicano de principios de siglos "despierta interés y simpatía este bardo" al entonar el clarín modernista.

A Domingo Moreno Jimenes lo analiza, con fervorosa admiración, en su exacta dimensión de poeta universal. Lo juzga "artista del pensamiento, del sentimiento y de la palabra".. "todo el universo está comprendido en su alma. Todos los dolores, todas las esperanzas, todas las ternuras, la visión de todas las vidas humanas convergen en su arte" (ob. cit. up supra p. 123).

Acuciosa investigadora de nuestro acervo cultural y de las corrientes y de los vientos suaves o huracanados que pusieron a vibrar las liras de nuestros más calificados poetas:

"Nuestros románticos tuvieron fugaces y tímidos contactos con el modernismo. Y los modernistas, que tantas cosas supieron asimilar en su nueva poesía, más de una vez se

miraron en las pupilas asombradas, a un tiempo trágicas y tiernas, de Edgar Poe”.

Piensa que hubo escritores que nunca tuvieron conciencia de su grandeza. Y aporta el ejemplo de que “Santa Teresa se murió sin saber que era una genial escritora”. Y alude a los poetas que cantaron a la “amada incógnita”: “...nunca Don Quijote tuvo en sus brazos a la sin par Dulcinea del Toboso”.

Flérida de Nolasco se incorpora a la Historia de la Literatura Americana como ensayista, historiadora de la cultura y folklorista, consagrada por la crítica más autorizada. Su estilo castizo y su vasta erudición están patentes en sus libros. Publicó entre 1927 y 1975 las siguientes obras:

Cultura Musical, 1927; *De Música Española y otros temas*, 1939; *La música en Santo Domingo y otros ensayos*, 1939; *La poesía folklórica en Santo Domingo*, 1946; *Cuadros del Evangelio*, 1947; *Existencia y vicisitudes del Colegio Gorjón*, 1947; *Vibraciones en el tiempo*, 1948; *Días de la Colonia*, 1948;

Días de la Colonia, 1952; *Rutas de nuestra poesía*, 1952; *Santo Domingo en el Folklore Universal*, 1957; *Grandes Momentos de la Historia de las Música*, 1957; *Santa Teresa de Jesús a través de sus obras*, 1959; *El primer santuario de América*, 1916; *Pedro Henríquez Ureña. Síntesis de su pensamiento*, 1966; *Clamor de justicia en La Española*, 1971; *Luminarias en vela*, 1972; *La Catedral de Santo Domingo y el Santuario de Higüey*, 1974 y *Mi Testimonio*, 1975.

Luminarias en vela y *Mi Testimonio*, Son libros dedicados a la divinidad, a la religión católica y a las virtudes eternas del Creador del Universo; páginas místicas escrita en un castellano del Siglo de Oro; elocuentes testimonios de que en Doña Flérida no sólo está visible la personalidad de una fuerte escritora, sino que en su espíritu germinaba una Santa, cuyo valor ha de merecer en lo futuro profundos estudios.

La música en Santo Domingo y otros ensayos, *La poesía folklórica en Santo Domingo*, *Santo Domingo en el Folklore Universal*, *Vibraciones en el tiempo*, *Días de la Colonia*, *Rutas de nuestra Poesía* y *Grandes momentos de la Historia de la*

Música, han sido siempre obras de consulta de los estudiantes más avanzados de la historia de la cultura dominicana en nuestras Universidades.

La obra más importante de esta clásica escritora dominicana es, a nuestro juicio, *Pedro Henríquez Ureña. Síntesis de su pensamiento*, en la cual estudia al más grande humanista de América en todas sus deslumbrantes facetas: como maestro del idioma, ensayista filosófico, historidor de la cultura americana, filólogo, crítico de arte...

Glosa el pensamiento de Henríquez Ureña en torno a temas del lenguaje:

“Cada idioma tiene su color, resumen de larga vida histórica. Pero cada idioma varía de ciudad en ciudad, de región a región y a las variaciones dialectales, siquiera mínimas, acompañan multitud de matices espirituales diversos”.

El lingüista deslinda la gramática de la literatura: “La gramática debe ser previo estudio para el conocimiento de la literatura. Donde termina la gramática comienza el arte”.

Como confirmación del criterio de Henríquez Ureña, la autora avanza que “con la gramática podemos adquirir la corrección y nada más”. Y a continuación glosa el conocido aforismo de Manuel de Falla: “*El arte se aprende, pero no se enseña*”.

Exalta con pasión dominicanista la reputación de Henríquez Ureña como “filólogo de observaciones certeras, su maestría en desentrañar los arduos problemas lingüísticos, se reconoce y respeta en el mundo europeo y americano de habla española, y trasciende a los pueblos de idiomas extraños mencionándosele como uno de los más eficaces investigadores del origen, de la historia y de la evolución del idioma español”.